
Espacio, lugar y género

Doreen Massey¹

Recuerdo con toda claridad un espectáculo que solía impresionarme mucho cuando tenía nueve o diez años. Yo vivía entonces a las afueras de Manchester, e “ir a la ciudad” era un suceso de considerable importancia; tardábamos más de media hora en llegar, y viajábamos en la parte superior de un ómnibus de dos pisos. En el trayecto cruzábamos el anchuroso valle llano del Río Mersey; la memoria me trae a la mente húmedos campos lodosos que se diluían en una distancia fría y brumosa. Toda esa planicie, la extensión entera de Manchester, se dividía en campos de fútbol y de rugby. Y los sábados, que era cuando íbamos a la ciudad, esa vasta región se cubría hasta donde alcanzaba la vista de cientos de personas pequeñitas que corrían por todos lados persiguiendo balones. (Desde lo alto del camión la escena semejava una inmensa pintura animada de Lowry, sólo que la gente menuda aparecía en colores mucho más brillantes que los que Lowry usaba, y tenía las piernas rojas y frías.)

Recuerdo todo esto con gran nitidez. También recuerdo que a la niñita perpleja y pensativa que yo era le sorprendía intensamente que ese enorme trecho de la planicie de inundación hubiera sido entregado enteramente a los muchachos.

Yo no iba a esos campos de juego; parecían estarme vedados, tratarse de otro mundo. (Hoy en día, con mejor temple y cierta conciencia de ser una invasora de espacios, me encanta ir a los campos de fútbol y permanecer largamente en ellos.) Sin embargo, había otros lugares a los que sí podía ir y de los que sentía, no obstante, que no me pertenecían o, al menos, que habían sido diseñados para hacerme experimentar, sin lugar a dudas, mi subordinación previamente esti-

¹ Texto tomado del libro *Space, Place and Gender* de Doreen Massey publicado en Polity Press, Cambridge, 1994.

pulada; ese era, cuando menos, el efecto que sobre mí ejercían. Me acuerdo por ejemplo de que, siendo todavía una adolescente, estuve en una Galería de Arte (así, con G mayúscula y A mayúscula) en cierta ciudad del otro lado del Canal de la Mancha. Me encontraba vagando por “el Continente” con dos jóvenes varones. Ese templo de la Alta Cultura, que era uno de los Lugares A Visitar, estaba repleto de pinturas, muchas de las cuales eran de mujeres desnudas. Eran retratos de mujeres desnudas pintados por hombres, es decir, de mujeres vistas a través de los ojos de hombres. Ahí estaba yo con esos dos amigos que miraban esas pinturas de mujeres vistas a través de los ojos de hombres, y lo que yo miraba era a mis dos jóvenes amigos mirando retratos de mujeres desnudas vistas a través de los ojos de hombres. Me sentí cosificada. Este era un “espacio” que me decía contundentemente algo ignominioso sobre lo que la Alta Cultura pensaba que era mi lugar en la Sociedad. El efecto que sobre mí tenía estar en este espacio/lugar era muy diferente del que tenía sobre mis amigos. (Después íbamos a un café y lo discutíamos. Yo perdí la discusión, en gran medida debido a que estaba siendo “tonta”. Para entonces no había yo leído a Griselda Pollock, ni a Janet Wolff, ni a Whitney Chadwick... posiblemente yo era realmente la única persona que se sentía tan a disgusto...)

Podría mencionar muchos otros ejemplos por el estilo, y estoy segura de que también podría hacerlo cualquiera de ustedes, mujeres u hombres. Pero mi pretensión se limita a afirmar que espacio y lugar, los espacios y los lugares, así como el sentido que tenemos de ellos —junto con otros factores asociados, como nuestros grados de movilidad— se estructuran recurrentemente sobre la base del género.² Más aún, se estructuran sobre la base del género en miles de maneras diferentes, que varían de cultura a cultura y a lo largo del tiempo. Y esta estructuración genérica de espacio y lugar³ simultáneamente refleja las maneras como el género se construye y entiende en nuestras sociedades, y *tiene efectos sobre ellas*.

Cuando comencé a “hacer geografía”, simplemente no se hablaba de estas cosas. Lo que deseo hacer en esta ocasión es dar un ejemplo de la

² La expresión literal de la autora es “are gendered through and through”. N. de la T.

³ “This gendering of space and place...”, en inglés. N. de la T.

forma como los problemas relacionados con el género empezaron a penetrar furtivamente en nuestro tema de estudio. Este ejemplo puede parecer demasiado terrenal, ya que se refiere a cuestiones empíricas de desarrollo regional que actualmente tienen un lugar bien definido en el debate; sin embargo, todavía pueden derivarse de él algunos aprendizajes interesantes.

Mi ejemplo procede de estudios de empleo regional realizados en el Reino Unido. Nos remite a la descentralización regional del empleo que tuvo lugar en este país entre mediados de la década de 1960 y principios de la de 1970. Pero antes de entrar en materia conviene conocer algunos hechos. Fue ése un periodo de gobierno predominantemente laborista, en el que Harold Wilson ocupó el cargo de primer ministro. Se habían producido importantes pérdidas de empleo en la minería de carbón en el noreste de Inglaterra, en el sur de Gales y en el centro de Escocia. Esa era la gran época de la política regional, durante la cual se ofrecieron abundantes incentivos y alicientes destinados a lograr que las empresas invirtieran en las regiones donde la pérdida de empleos estaba teniendo lugar. Y esa era también una época de descentralización de los empleos de las áreas de altas tasas de empleo del sureste y del oeste hacia esas otras regiones "norteñas" de alto desempleo. La cuestión que preocupaba a muchas y muchos de nosotros en esa época era cómo concatenar todos esos hechos. O, más específicamente, cómo explicar la descentralización del empleo hacia las regiones del norte y del oeste.

El debate transcurrió a lo largo de diversas etapas. Cuando me- nos yo entiendo el proceso como una sucesión de etapas, aunque sé que muchos protagonistas de lo que considero fueron las primeras etapas estarán en desacuerdo con ello. El cambio intelectual no es lineal ni sencillo.

Así pues, durante la "primera etapa" estaban a la delantera del análisis personas que manejaban computadoras y paquetes estadísticos, que correlacionaban el ritmo y las dimensiones de la descentralización del empleo con el ritmo y la distribución de la política regional. Estas personas encontraban una alta correlación entre los dos procesos, y deducían que ambos estaban causalmente relacionados, es decir, que la política regional era la causa directa de la descentralización del empleo (aunque, por supuesto, esto no era demostrado directamente por las estadísticas mismas). De modo que, de acuerdo con esta lectura, la política regional había resultado todo un éxito.

Pero después vino la segunda etapa. Se produjo a raíz de ciertos rumores políticos de descontento por parte de sindicatos y de concejos locales dominados por varones, así como de las evidencias presentadas ante un subcomité parlamentario. Y es que, por lo que se empezaba a ver, los empleos no eran simplemente empleos; los empleos estaban influidos por el género.⁴ Mientras que los trabajos que se habían perdido eran trabajos masculinos, los nuevos empleos que se ofrecían como parte de la ola de descentralización estaban siendo aprovechados principalmente por mujeres. En el ámbito de la academia se abrió toda una línea nueva de investigación a partir de la pregunta de *por qué* esos empleos se estaban destinando a las mujeres. Las respuestas que se encontraron son bien conocidas en la actualidad. Las trabajadoras eran baratas; estaban preparadas para aceptar salarios bajos, como resultado de años de negociación en torno al "salario familiar". Las mujeres estaban también más dispuestas que los hombres a realizar trabajos de medio tiempo, lo que a su vez era efecto de la división del trabajo vigente desde antiguo en la unidad doméstica. Estos dos factores eran característicos de las relaciones entre hombres y mujeres, tanto en el hogar como en el mercado de trabajo en todo el país. Pero había algunas razones más específicas, o cuando menos, más importantes, en relación con las regiones particulares hacia las que se había descentralizado el empleo. Por ejemplo, en esas regiones las mujeres tenían muy bajas tasas de organización laboral, como resultado de los muy bajos niveles de incorporación previa al empleo remunerado. Las tasas de actividad económica femenina que se habían registrado en esas regiones se encontraban sin duda entre las más bajas del país. En otras palabras, estas mujeres se ajustaban perfectamente al tipo clásico de mano de obra "no calificada" o sin experiencia.

Habiéndose desarrollado de esta manera la discusión, comenzó a surgir una historia ligeramente más compleja. Esta historia reconocía algunas diferencias en el interior del mercado de trabajo, ciertos estreñimientos y especificidades de las mujeres en tanto empleadas potenciales y, en suma, las diferencias que había entre mujeres y entre empleos para mujeres. Esta nueva manera de entender el problema condujo también a una nueva evaluación de la efectividad de la políti-

⁴ En inglés, "(the jobs) were gendered". N. de la T.

ca regional. Se hizo evidente que era necesario disminuir la intensidad de las afirmaciones respecto de su éxito. Se produjeron dos versiones de esta nueva evaluación. Una de ellas, obviamente sexista, insistía en que los nuevos empleos que se estaban abriendo en las regiones debían someterse a crítica por no ser "empleos reales", o por estar destinados "únicamente a las mujeres". La otra versión, sin embargo, más respetable desde el punto de vista académico pero preocupante por sus implicaciones, hacía notar que el hecho de que los nuevos empleos fuesen para las mujeres era desafortunado, en el sentido de que, puesto que los trabajos femeninos estaban peor remunerados que los masculinos, el ingreso regional agregado era todavía menor.

Pero hubo todavía una etapa ulterior en el desarrollo del debate: la tercera etapa. Porque mientras más se pensaba en ello, más complicada parecía la historia. Por ejemplo, ¿por qué había sido históricamente tan baja la tasa de actividad económica de las mujeres en estas regiones? Esta pregunta planteaba de lleno el problema de las culturas de género locales. Muchas personas estudiosas de la geografía y la sociología habían reflexionado sobre el peso del trabajo doméstico que implicaba ser esposa o madre de mineros. También señalaban que la duración e irregularidad de los turnos de trabajo dificultaban a uno de los miembros de la pareja la búsqueda de un empleo remunerado fuera de casa. Se hicieron muchas investigaciones detalladas sobre la construcción de formas particulares de masculinidad en torno a trabajos tales como el de la minería. Y esas investigaciones, sumadas a otras, apuntaban en conjunto hacia una explicación más profunda de las causas por las cuales la cultura en estas regiones tendía, en mayor medida que en la mayoría del resto de las regiones del país, a considerar al hombre como el proveedor y a las mujeres como amas de casa.

En otras palabras, nos habíamos estado desplazando a lo largo de una serie de enfoques: de no tomar en cuenta al género en absoluto, pasamos primero a mirar a las mujeres, y de ahí a considerar los papeles de género, a los hombres, y a las culturas genéricas construidas localmente. Esto nos dio todavía otra versión diferente de lo que había ocurrido, así como una evaluación distinta de la política regional. La nueva historia era, otra vez, más compleja y matizada. Harold Wilson había llegado al poder en 1964 apoyado en un programa de modernización de la democracia social. Parte de ese programa se concentraba en la racionalización de viejas industrias tales como la de la extracción del carbón. Sin embargo, contradictoriamente para él, la pérdida de

empleos que resultó de esa racionalización tuvo lugar precisamente en las regiones que constituyan su principal base geográfica de poder: el noreste de Inglaterra, el sur de Gales y el centro de Escocia. Por tanto, para proceder a la reconstrucción de los antiguos sectores básicos de esas regiones, era necesario tener como contraparte del plan una sólida política regional. Si se contaba con ella, podía obtenerse el respaldo de los sindicatos obreros y de sus miembros. Sin embargo, fue el hecho mismo de que los hombres en esas regiones estuvieran volviéndose superfluos lo que resultó decisivo para generar la disponibilidad de la fuerza de trabajo femenina. Y es que, por primera vez en décadas, las mujeres fueron "liberadas" para el mercado de trabajo. Necesitaban empleos remunerados, particularmente ahora que no había oferta de trabajo para los varones, y la carga de trabajo doméstico que en otras circunstancias les impediría acceder a esos empleos, era menor. Más aún, precisamente por la especificidad de la cultura de género local, estas mujeres habían sido construidas a lo largo de los años como el tipo de fuerza de trabajo que las industrias descentralizadas estaban requiriendo.

Todavía se produjo una evaluación más de la política regional. Esta ya no podía ser considerada como el único factor dominante en la explicación de la descentralización del empleo, puesto que la fuerza de trabajo que había sido parte del atractivo para las industrias en proceso de descentralización había sido creada no por la política regional, sino por la declinación simultánea del empleo masculino y como resultado de una cultura de género preexistente. Seguía siendo cierto, sin duda, que la política regional había traído consigo únicamente empleos mal remunerados; pero desde otro punto de vista podían observarse algunos aspectos positivos en el empleo que esa política logró producir, mismos que no habían sido reconocidos anteriormente. Lo más importante de todo es que dio lugar a cierto ingreso independiente para las mujeres, y ello por primera vez en décadas. Aún más, y como lo indicaba el hecho mismo de las protestas iniciales, en la medida en la que introdujo esos empleos, la política regional comenzó a fracturar algunas de las antiguas relaciones de género. Dicho de otra manera, desde esta perspectiva —si bien no desde muchas otras— puede considerarse que la política regional tuvo algunos efectos francamente positivos, aunque no fuesen en absoluto los que inicialmente se proclamaron durante la primera etapa del debate.

El relato del proceso que siguió este análisis nos permite hacer una serie de reflexiones. La primera y más evidente es que la consideración seria del género como factor explicativo dio lugar a una evaluación más fina y detallada de la política regional, a una comprensión más profunda de la organización y reorganización de nuestro espacio económico nacional y, sin duda —puesto que las industrias descentralizadas se estaban desplazando hacia el norte para reducir sus costos frente a la creciente competencia internacional—, pudo mostrar de qué manera la industria británica *aprovechó* activamente las diferencias regionales en los sistemas de relaciones de género en un primer esfuerzo por salir de lo que ha llegado a ser la crisis de la economía inglesa. La segunda es que se llegó a esta comprensión no sólo gracias a que se miró a las mujeres —aunque ello fue un principio—, sino a que se investigaron las variaciones geográficas en la construcción de la masculinidad y de la femineidad, así como las relaciones entre ambas. La geografía feminista trata —o debería tratar— tanto de los hombres como de las mujeres. La tercera, para ir más lejos, es que el estudio atento de la variación geográfica implica escapar a toda forma de esencialismo respecto de los hombres y de las mujeres, y concentrarse en la manera como ambos grupos son construidos en tanto tales.

La cuarta reflexión es de naturaleza muy diferente. Hoy en día resulta relativamente fácil mirar atrás y criticar aquel antiguo patriarcado de las regiones carboníferas. De hecho, con ello se ha conseguido un buen palo con el que se puede golpear al “viejo movimiento obrero”. Pero eso no debería hacernos caer en el supuesto de que, como lo viejo era malo, de alguna manera lo nuevo no presenta problemas.

De modo que, en parte como respuesta a las tres últimas reflexiones (la necesidad de tomar en cuenta a los hombres y la masculinidad, la importancia de reconocer las variaciones geográficas y de elaborar análisis no esencialistas, y la intuición de que es tan importante considerar los nuevos trabajos como los antiguos), actualmente me encuentro participando en una investigación sobre una “nueva” región de crecimiento económico: Cambridge. El sólo nombre del lugar evoca el “fenómeno Cambridge”, un proceso de incremento de la alta tecnología, de ascenso de la ciencia y de la innovación, y de crecimiento del empleo profesional. Ese fenómeno se encuentra a miles de millas de distancia de las minas de carbón en términos geográficos, tecnológicos y, se pensaría, también sociales. Pero en realidad la situación no es así de clara.

Esta nueva investigación se concentra en los trabajadores altamente calificados del sector de la tecnología de punta. Mucho más del noventa por ciento de esos científicos y técnicos son varones. Vemos con mucha frecuencia que ellos aman su trabajo. Esto no parece malo en absoluto... por lo menos hasta que topamos con afirmaciones como la de que, en este campo, "la frontera entre trabajo y juego desaparece". En ese momento se tiene que hacer una pausa para reflexionar. ¿Es que el juego es lo único que existe fuera del trabajo asalariado? ¿Quién se encarga del trabajo doméstico? Estos empleados trabajan durante largas horas en la resolución de intrincados problemas, y construyen la imagen de sí mismos como gente que realiza trabajo remunerado. Pero esas largas horas de trabajo, así como la flexibilidad de su organización, constituyen constreñimientos para alguien más. ¿Quién va a la lavandería? ¿Quién recoge a los niños de la escuela? En un proyecto anterior del que esta investigación se deriva y del que obtuvimos alguna información inicial, sólo una de las empleadas, perteneciente al muy reducido grupo de mujeres que encontramos, mencionó que aprovechaba la flexibilidad de la jornada laboral para hacer algún tipo de trabajo doméstico; en ese caso, la mujer refirió que ocasionalmente dejaba el trabajo a las seis de la tarde ¡para correr a casa y dar de comer al gato!⁵ La cuestión estriba en que el diseño total de estos empleos exige que los trabajadores no tengan que dedicarse al trabajo de la reproducción ni cuidar de otras personas; antes bien implica, en el mejor de los casos, que cuenten con alguien que los cuide *a ellos*. Por tanto, no sólo el viejo movimiento de los trabajadores sino también las regiones donde aparece el "hombre nuevo", presentan problemas asociados con la construcción de las relaciones de género. Lo que se está construyendo en esta región de nuevo crecimiento económico es una nueva versión de la masculinidad, así como un nuevo conjunto, todavía muy problemático, de papeles y relaciones de género.⁶

Traducción: Gloria Elena Bernal

⁵ Véase el trabajo de Doreen Massey, Paul Quintas y David Wield, *High-Tech Fantasies: Science Parks in Society, Science and Space*, Londres, Routledge, 1992.

⁶ Esta investigación está siendo realizada con Nick Henry en la Universidad Abierta, con financiamiento del Economic and Social Research Council (núm. R000233004, bajo el título *High status growth? Aspects of home and work around high technology sectors*).